

Ávila/Monserrate

COMPROMISO DEMOCRÁTICO

BOGOTÁ, Junio 2026

Nº 151

grupoavilamonserrate@gmail.com

Equipo de redacción: **Ávila Monserrate** / Coordinación general: **Tulio Hernández** / Diseño gráfico: **Shymny Azuaje**



Terremotos en Venezuela

CATÁSTROFE NATURAL, SOLIDARIDAD HUMANA Y ORFANDAD DE GOBIERNO

Equipo de Redacción Ávila Monserrate

Elecciones presidenciales

COLOMBIA AL BORDE DE UN ATAQUE DE NERVIOS

Tulio Hernández

¿Cuál es la expectativa del venezolano hoy?

LO MÁS SEGURO ES QUE QUIÉN SABE

Alfonso Molina

EL PAÍS QUE VIENE NECESITA ALGO MÁS QUE ELECCIONES

Yesenia Camacho

PRONÓSTICO RESERVADO:

LA SALUD EN EL APOCALIPSIS VENEZOLANO

Tulio Hernández

Desde Colombia y otros países

¿CÓMO APOYAR A VENEZUELA?



Terremotos en Venezuela

CATÁSTROFE NATURAL, SOLIDARIDAD HUMANA Y ORFANDAD DE GOBIERNO



Equipo de Redacción Ávila Monserrate

Un terremoto es muy difícil de predecir con exactitud. Pero cuando se vive en zonas sísmicas los gobiernos tienen la responsabilidad de formar e informar a la población sobre cómo actuar ante acontecimientos de esta naturaleza. Y, más importante aún, tienen la obligación de estar preparados para dar respuesta inmediata y contundente, con equipos de salvamento entrenados profesionalmente, para aminorar los daños materiales, salvar el mayor número posible de vidas, atender a heridos y dotar de refugio y atención primaria a los damnificados.

Las catástrofes naturales de grandes dimensiones son implacables y trágicas, generan un sufrimiento humano infinito, castigan a las poblaciones y

producen tristezas colectivas de marca mayor. Es lo que acaba de padecer Venezuela con el particular evento sísmico —técnicamente definido como doble o “doublet”, de 7.2 y 7.5 de magnitud— que ha arrasado viviendas, destruido infraestructuras públicas y dejado a su paso un número elevado de muertos y heridos que aún no se ha contabilizado con precisión.

Pero las catástrofes también generan brotes entusiastas de solidaridad extrema, de apoyo mutuo, de cooperación entre ciudadanos y también entre naciones. Y eso, a manos llenas, es lo que ha vivido Venezuela por estos días: la solidaridad incondicional de sus ciudadanos y el apoyo inmediato de gobiernos internacionales, hechos que de alguna manera nos ayudan a compensar el dolor y tener confianza en el futuro.

Lamentablemente, a diferencia de otros países de condiciones sísmicas como Japón, México o Chile, donde la preparación para responder a terremotos ha



sido asumida responsablemente por sus gobiernos, en Venezuela esa cultura no ha sido una prioridad. Ni en la era democrática ni en el presente autoritario.

Con el agravante de que, como parte del proceso de destrucción y expoliación institucional, ético y profesional que ha vivido la República desde que comenzó el llamado “Socialismo del siglo XXI”, la capacidad de atender las necesidades y urgencias de la población por parte del Estado y lo entes gubernamentales se ha visto cada vez más disminuida, degradada y en algunos casos inexistente; esta es una de las razones por las cuales la ONU ha declarado al país en situación de Emergencia Humanitaria Compleja.

El campo de la respuesta a las catástrofes naturales no podía quedar a salvo. Es lo que hemos corroborado en estos días aciagos de los terremotos del miércoles 24 de junio. La imagen de los bomberos escarbando con sus manos, tratando

de recuperar víctimas entre los escombros porque no tienen los mínimos equipos de rescate; las largas horas de silencio oficial para informar al país sobre lo ocurrido; el ocultamiento de las dimensiones de la catástrofe y la ausencia de orientaciones prácticas a la ciudadanía; los voluntarios actuando sin camillas, cargado en sus hombros a los heridos; los ciudadanos atrapados entre las ruinas sin que nadie acuda en su ayuda, son la prueba evidente, un “Yo acuso” implacable, de un Estado fallido que devastó a la nación, convirtiéndola en huérfana, dejada a su suerte sin protección institucional.

Es una condena. A la catástrofe natural, que ya era grande, se agrega la ausencia de gobierno, la indolencia de una mafia dirigente que prometió el paraíso en la tierra y nos llevó en un viaje exprés a los más penosos círculos del infierno y la desilusión.

Elecciones presidenciales

COLOMBIA AL BORDE DE UN ATAQUE DE NERVIOS

Tulio Hernández

Las elecciones presidenciales de Colombia, con su reñido final en la segunda vuelta del pasado domingo 21 de junio, permiten muchas interpretaciones, especialmente si tenemos en cuenta que, de acuerdo con la opinión mayoritaria, han sido las más reñidas, tensas y polarizadas de estas primeras décadas del siglo XXI.

Efectivamente no fue una confrontación electoral más. El hecho de que luego de sucesivas eliminatorias de numerosas precandidaturas hayan llegado al final la de izquierda radical, actualmente en el gobierno, y la de derecha extrema, apoyada por el resto de la oposición, terminó por conformar un escenario de cruento combate ideológico.

Los debates feroces, más las acusaciones y descalificaciones mutuas, hicieron que a medida que avanzaba la campaña la elección se convirtiera en asunto de vida o muerte. “No son unas elecciones más, no es una competencia normal entre proyectos políticos, lo que está en juego es el destino de la patria o de la democracia”, sostenían casi al unísono, palabras más palabras menos, ambos candidatos, sus comandos y seguidores, que se presentaron al evento en calidad de enemigos acérrimos y no de adversarios.

Si revisamos a fondo, en realidad se confrontaban dos proyectos opuestos. Uno que se centra en acabar con la desigualdad social a través de la distribución de la riqueza mediante la intervención regulatoria del Estado, y otra, que promueve el incremento de la producción de riqueza para





generar bienestar a través de la economía de mercado apuntando no al igualitarismo sino a la multiplicación de oportunidades vía competencia. En resumen: igualdad social de tinte socialista vs. libertades económicas de corte liberal capitalista.

Lo cierto es que a medida que entró en escena, triunfalista y arrollador, el candidato Abelardo de la Espriella, la campaña se convirtió en una confrontación de miedos, una competencia de desconfianzas, una pasarela de desgracias anunciadas. A final, muchos colombianos votaron no exactamente por el candidato con mejores ofertas electorales sino por aquel que, a juicio de cada quien, representaba una amenaza menor.

Dos imaginarios creados por cada bando adversario coparon la escena. En una esquina, el del “guerrillero con pedigrí marxista, heredero, socio y cómplice de las largas década de criminalidad de las FARC y, desde que se implementó la Paz Total, de las bandas criminales, empeñado en acabar con la Constitución”. Y en la otra, el del “abogado pícaro, millonario, sin experiencia política, protector y socio de los paramilitares, defensor y aliado de delincuentes como Alex Saab y Mancuso, que amenazaba incluso con ‘destripar’ a la izquierda”. Esto se leía y escuchaba diariamente como un contrapunteo llanero. Un

espectador externo podía imaginarse la batalla final del domingo 21 como un duelo entre pistoleros.

Pero la sangre no llegó al río. Las elecciones se realizaron con pocos tropiezos. Apenas se cerraron las mesas, comenzó un conteo público que en asunto de dos horas tenía un resultado final. El candidato De la Espriella ganó por una diferencia de apenas cerca de 300 mil votos, en un universo potencial de 41.421.973 electores.

A lo largo de la noche, para amanecer el lunes, se realizaron los escrutinios que las leyes colombianas establecen, mesa a mesa, y corroboraron que los resultados del preconteo eran casi exactos. El incendio del país entero que algunos voceros del oficialismo habían anunciado en caso de perder las elecciones no ocurrió, salvo escaramuzas en Bogotá y Cali, controladas esa misma madrugada por las policías antimotines.

Aquí entran las reflexiones sobre la salud de la democracia. Un primer dato: el sistema electoral colombiano corroboró ser de una altísima eficiencia y credibilidad. Porque, aunque la votación es manual, en muy poco tiempo fue capaz de ofrecer en conteo rápido unos primeros resultados que luego se verificaron como correctos. Así fue en las elecciones que ganó Gustavo Petro en 2020, y así ha sido



tanto en la primera como en la segunda vuelta de las actuales, que perdió Iván Cepeda.

El indicador mayor de esta confianza que genera el árbitro electoral se detecta en que estas elecciones del domingo 21 han registrado el más alto nivel histórico de participación, casi 64%, en un país donde la abstención había sido crónica. Y, prueba aún mayor, entre la primera y la segunda vuelta, hubo un incremento de casi 10% de votantes.

Segundo dato: el reconocimiento de los resultados por los perdedores. En las tres últimas elecciones presidenciales —las que ganaron sucesivamente Iván Duque, 2018; Petro, 2022; y, en la primera vuelta de la actual, 2026, De la Escriella— los perdedores reconocieron plenamente los resultados. Nadie, salvo el presidente Petro, que no fue siquiera escuchado por sus seguidores, salió a la calle a denunciar fraude, como es común en otros países vecinos.

Y tercer dato: estamos ante un modelo de gobierno de alternabilidad democrática. Si nos atenemos solo a los veinte años recientes, Colombia ha tenido cuatro presidentes distintos —Juan Manuel Santos, Iván Duque, Gustavo Petro y ahora De la Escriella— que, además, para que la alternabilidad, clave de la democracia, sea aún más clara, han sido gobiernos de movimientos políticos distintos.

Para los venezolanos que hemos seguido de cerca estos procesos, la democracia colombiana —aún en medio de todas las dificultades y desigualdades económicas y sociales, con la tradición de violencia que la persigue, y la fractura interna que arrastra— es un ejemplo de buena salud institucional.

La envidiamos. Mientras que en 27 años Venezuela ha tenido un mismo movimiento político gobernando y apenas dos presidentes, Colombia ha tenido seis —Pastrana, Uribe, Santos, Duque, Petro y ahora De la Escriella—, apoyados por movimientos de todo el espectro ideológico: Primero Colombia, Gran Alianza por el Cambio, el Partido de la U, el Centro Democrático, el Pacto Histórico y el Movimiento de Salvación Nacional. Una nada pequeña diferencia.

Mientras escribo llega la noticia del reconocimiento por parte del candidato Cepeda de su derrota y el triunfo de De la Escriella. Es un acto ejemplar de autonomía frente a Petro y de reafirmación de su voluntad democrática.

Ambos bandos tienen grandes temores sobre el futuro. Pero quizás, nadie lo sabe a ciencia cierta, podría estar comenzando en Colombia una nueva era en donde izquierda y derecha, claves para la vida democrática, convivan ya no como enemigos sino como adversarios.

¿Cuál es la expectativa del venezolano hoy?

LO MÁS SEGURO ES QUE QUIÉN SABE

Alfonso Molina

Amás de cinco meses de la ‘extracción’ de Nicolás Maduro y Cilia Flores, los venezolanos experimentamos distintas emociones según nuestras diferentes ubicaciones sociales, etarias, políticas y económicas. Observamos que ha habido un cambio en la conducción del país que apunta a una transición hacia la democracia, aunque no sepamos cómo va a ser esa ruta. Estamos acostumbrados a que la historia nos dé sorpresas.

Nos movemos en una dicotomía muy particular. Por una parte, sabemos que Venezuela es un país intervenido —ocupado, dicen los más críticos— por una potencia extranjera que afirma querer estabilizar el país y potenciar su despegue económico. Una intervención del gobierno de Estados Unidos no solo se llevó a Maduro y Flores a rendir cuentas en un tribunal neoyorquino, sino que acaba de ejecutar en territorio venezolano al ‘Niño’ Guerrero, líder terrible del Tren de Aragua. Nunca antes el gobierno venezolano lo había hecho.

Por la otra, percibimos que el manejo interno del Estado sigue en las mismas manos de antes: el Ejecutivo nacional y regional, el Ministerio Público, la Asamblea Nacional y el Tribunal Supremo de Justicia siguen dominados por los responsables de la crisis social, política y económica que hemos sufrido en las últimas décadas. Esta dicotomía ilustra el desconcierto de los ciudadanos venezolanos.

Pero hay otras condiciones a considerar.

La caída de la energía eléctrica en Maracaibo y el Zulia puede parecer la misma situación en Cumaná y en todo Sucre, pero se viven de forma diversa. El muchacho que intenta inscribirse en una universidad



pública guarda expectativas distintas al alumno que busca ingreso a una privada. Un profesional con tres décadas de experiencia mira con cautela el horizonte de su empleo. Lo mismo sucede con las amas de casa que procuran el sustento diario de la familia en cualquier rincón del país. O el obrero de la construcción que busca ‘pegar’ en un proyecto de edificio. O el productor agrícola que observa cómo su cosecha se pierde por falta de transporte al mercado intermediario. Son experiencias colectivas, cierto, pero también muy personales.

Un capítulo aparte merece el conjunto de mujeres y hombres que hacen vigilia en El Rodeo y otras cárceles venezolanas para exigir la liberación de sus familiares en condición de presos políticos. Conforman el



heroísmo que no cesa, que llora a sus seres queridos, pero no bajan la cerviz. Ahora se plantan ante la recién abierta Embajada de EE. UU. para presionar por la liberación de sus familiares. Al fin y al cabo, Washington es corresponsable de lo que hace el ‘tutelado’ gobierno de Delcy Rodríguez, que no termina de soltar a los que ellos llaman eufemísticamente ‘privados de libertad’.

Y los que esperan que su gente regrese de la diáspora. Porque en todas las familias tenemos a un hermano, un hijo, un primo, un ahijado, un colega o un amigo fuera de Venezuela. Pero la migración y el exilio son parecidos pero distintos. Muchos de los venezolanos que han migrado —básicamente por razones sociales y económicas— dudan seriamente de regresar al país. No tienen certeza de lo que podrían vivir de vuelta. En cambio, la gran mayoría de los exiliados —los perseguidos, los acosados por el régimen— sí guardan la esperanza de volver e integrarse a la reconstrucción institucional del país.

Desde luego, existe el apretadísimo sector económico que ha sacado mucho beneficio de los círculos del poder político, que ahora abogan por un ‘entendimiento’ con el gobierno mientras abrevan sus escoceses en algún restaurante de carne en Caracas, Valencia o Ciudad Guayana. Y por supuesto, los mismos protagonistas del oficialismo en sus diferentes ramas. Pero eso es harina de otro costal. Y de otro artículo.

Suena simplista hablar de ‘lo que el venezolano quiere’ en singular, cuando sabemos que nuestra

sociedad es heterogénea en sus disposiciones políticas, en su diversidad cultural y en sus aspiraciones socioeconómicas.

No obstante, hay ciertos rasgos de conducta que nos unifican de forma mayoritaria, que superan las diferencias internas, que nos brindan algún sentido de identidad. Y registramos emociones muy particulares, pero también comunes.

Nos vemos en plural pero también en singular. Lo colectivo y lo personal.

Más allá de si cortaron el agua o si la energía eléctrica no llega, deseamos que nuestros hijos asistan a escuelas con clases todos los días de la semana, que nuestros hospitales atiendan a sus pacientes con instalaciones bien dotadas, que los policías no matraqueen al ciudadano, que el sueldo —si lo tenemos— nos alcance hasta el fin de mes, que... tantas cosas que queremos... nos permita superar el día a día.

Al leer las investigaciones de opinión de Meganálisis o la Encuesta de Condiciones de Vida (Encovi) de la Universidad Católica Andrés Bello percibimos tanto la esperanza política de la gran mayoría de los venezolanos como la dramática situación social del país. Constituyen el registro de las vidas, opiniones y expectativas de nuestros ciudadanos.

Si nos preguntamos cuál es la expectativa de los venezolanos, hay una respuesta muy simple: lo más seguro es que quién sabe.

EL PAÍS QUE VIENE NECESITA ALGO MÁS QUE ELECCIONES

Yesenia Camacho

Durante años hemos discutido cómo reconstruir la economía, las instituciones o el sistema político venezolano. Pero muy poco —por no decir nunca— hemos hablado de otro desafío igual de complejo: reconstruir el mundo emocional de una sociedad que lleva décadas viviendo entre el miedo, la frustración, la pérdida y el resentimiento.

Ninguna transición democrática ocurre únicamente en las urnas. También ocurre en las emociones. Y quizás la pregunta más difícil no sea quién gobernará mañana, sino con qué emociones intentaremos convivir cuando llegue ese día.

Hace algunas semanas, Dinorah Figuera, presidenta de la Asamblea Nacional de Venezuela electa en 2015, señalaba en unas declaraciones públicas la necesidad de aprender de otros procesos de transición democrática. En sus palabras, convocaba a países que han atravesado experiencias similares a ayudar a Venezuela a encontrar caminos para “saber perdonar” y construir formas de justicia que permitan avanzar sin perpetuar el conflicto.

Más allá de las posiciones políticas que cada quien pueda sostener, la reflexión introduce una pregunta poco frecuente en el debate venezolano: ¿qué hacemos colectivamente con el dolor acumulado durante más de dos décadas de confrontación?

La reacción no tardó en aparecer

El periodista venezolano Melanio Escobar cuestionó públicamente esta idea afirmando que el perdón no puede convertirse en una exigencia política ni moral. En una publicación ampliamente comentada en su cuenta de Instagram (@melaniobar), Escobar sostuvo que “no hemos odiado lo suficiente al chavismo y no lo expresamos públicamente lo suficiente”, argumentando que cada víctima tiene el derecho de decidir qué hacer con su dolor. La publicación concluía con una frase que resume buena parte del debate

actual: “La transición puede requerir acuerdos; la memoria, la justicia y el perdón son otra historia”.

Su argumento me hizo pensar, ¿es realmente posible separar los acuerdos políticos de la memoria, la justicia y el perdón?

Aunque el contexto venezolano posee características propias, esta relación entre emociones y política no es exclusiva de una eventual transición. En Colombia, el reciente ciclo electoral también ha estado atravesado por narrativas de miedo, desconfianza y polarización.



Las redes sociales y el debate público han mostrado con frecuencia cómo el adversario político deja de ser percibido como alguien con quien se discrepa para convertirse en una amenaza para el país. Cuando esto ocurre, la conversación democrática se deteriora: disminuye la confianza, se reducen los espacios de encuentro y aumenta la disposición a justificar medidas excepcionales contra quienes piensan distinto. La experiencia colombiana recuerda que las elecciones, por sí solas, no garantizan cohesión social ni convivencia democrática.

La filósofa estadounidense Martha Nussbaum ha dedicado buena parte de su obra a estudiar el papel de las emociones en la vida pública. Contrario a la idea tradicional que las considera impulsos irracionales, Nussbaum sostiene que las emociones son formas de pensamiento. Nos ayudan a interpretar el mundo, a otorgar significado a los acontecimientos y a decidir qué consideramos valioso o intolerable.

En otras palabras, no existe una política completamente racional y separada de las emociones. Las decisiones colectivas también están atravesadas por el miedo, la esperanza, la indignación, la compasión o la rabia. Y precisamente allí se encuentra uno de los desafíos más complejos para cualquier proceso de reconstrucción nacional.

¿Puede una sociedad reconstruirse cuando la emoción dominante es la ira?

Desde una perspectiva empírica, me resulta difícil imaginar una transición venezolana que no tenga que enfrentar debates sobre justicia, reconocimiento, reparación, memoria y perdón. No porque estas discusiones sean deseables o incómodas, sino porque forman parte de la experiencia de millones de personas que han vivido persecución, exilio, pobreza, violencia política o la pérdida de proyectos de vida enteros.

Las democracias no se sostienen únicamente mediante leyes e instituciones. También requieren emociones que fortalezcan el compromiso con el bien común, la confianza mutua y la posibilidad de reconocer al otro como un ciudadano legítimo, incluso cuando pensamos distinto.

La propia publicación de Melanio Escobar ofrece una pequeña ventana para observar este fenómeno. En una encuesta asociada a su publicación sobre el perdón, más de 10.000 personas respondieron entre

cuatro opciones: “los perdono” (1%), “no los perdono” (60%), “justicia y luego vemos” (38%) y “no sé/no me importa” (1%).

No se trata de una muestra representativa de la sociedad venezolana, pero sí de un indicador significativo de algo más profundo: el dolor sigue presente y la ira continúa ocupando un lugar central en la conversación pública.

Sería un error descalificar esa emoción. La rabia también expresa una demanda legítima de reconocimiento y justicia. Sin embargo, cuando una sociedad permanece atrapada exclusivamente en ella, corre el riesgo de trasladar sus heridas al futuro. La ira puede ser un motor para denunciar abusos. Pero difícilmente puede convertirse en el fundamento emocional de una democracia.

Como señalé en el artículo anterior publicado en este espacio sobre el desafío cultural de reconstruir un país herido, la diferencia entre justicia y venganza no es un asunto menor. La justicia busca restablecer la dignidad y reparar el daño; la venganza busca prolongar el sufrimiento del adversario. Una sociedad que confunde ambas corre el riesgo de reproducir las mismas lógicas de exclusión y confrontación que pretende superar.

Por eso el desafío venezolano no consiste únicamente en diseñar acuerdos políticos o programas de gobierno. También exige preguntarnos qué tipo de cultura democrática queremos construir.

No puede haber acuerdos duraderos sin confianza. No puede haber reconciliación sin reconocimiento. No puede haber convivencia sin empatía. Y no puede haber futuro compartido si la memoria se convierte únicamente en un instrumento para seguir librando las batallas del pasado.

Quizás por eso son igualmente legítimas tanto la preocupación de quienes exigen justicia antes de hablar de perdón como la inquietud de quienes advierten que ninguna sociedad puede reconstruirse sin encontrar formas de tramitar sus heridas.

La encuesta de la publicación de Escobar muestra precisamente esa tensión: justicia y venganza, perdón y castigo, memoria y futuro, conviven simultáneamente en la imaginación colectiva de los venezolanos.

Tal vez la pregunta más importante no sea cómo será la transición que viene, sino cómo transitaremos emocional y socialmente hacia el país en el que queremos vivir. Y ese, posiblemente, sea el desafío más difícil de todos.

PRONÓSTICO RESERVADO: LA SALUD EN EL APOCALIPSIS VENEZOLANO

Tulio Hernández

La lectura de los relatos que componen el libro *Pronóstico reservado* del médico Pedro Javier Fernández Rodríguez, larense radicado en Mérida, nos remite al concepto de Emergencia Humanitaria Compleja, así como al impacto emocional que siempre nos dejan los testimonios sobre el apocalipsis que desde hace 27 años se vive en Venezuela.

El término fue creado por la ONU para designar aquellas situaciones de emergencia nacionales que afectan a todos los sectores simultáneamente: salud, educación, infraestructura, seguridad, derechos humanos, escasez de alimentos, pobreza y desigualdad, conflictos asociados a la inseguridad ciudadana, incremento de la economía informal y éxodo masivo.

Se refiere a crisis que superan la capacidad de los países para responder con sus propios recursos, por lo que se requiere de ayuda internacional urgente y una atención multisectorial porque estos expresan ser Estados fallidos.

Al leer los doce relatos que conforman el libro, se comprenden mejor, a través de historias reales y del sufrimiento de seres humanos con nombres y apellidos, las consecuencias en la vida cotidiana de los venezolanos de una emergencia de esta naturaleza. Porque estos testimonios, que tienen como escenario



los hospitales y como telón de fondo la debacle del sistema de salud —la falta de insumos, la insuficiencia para atender rápidamente a las personas, el deterioro de la infraestructura y los equipos— nos demuestran que el colapso de un sector se ve agravado por los colapsos en simultáneo de otros: el sistema de energía eléctrica, el suministro de agua, la ausencia de gasolina, incluso el estado del sistema vial, que van a incidir en la



vida de los pacientes y en la atención hospitalaria.

En uno de los relatos, titulado 'Yuraima', se produce una escena, por demás bien narrada, en la que los pacientes que están en la emergencia entran en un ataque de llanto colectivo porque de nuevo se ha ido la luz y todos conocen las consecuencias que estos cortes tienen para los pacientes, especialmente para los que dependen de equipos que funcionan con electricidad: "El desespero de los trabajadores del interior se sintió afuera. El armónico pitido de los ventiladores se apagó y el silencio fue suplantado por gritos de médicos y enfermeras que repetían la palabra 'ambú' varias veces por minuto. Unos familiares comenzaron a llorar, otros a golpear la puerta, algunos impávidos no parecían tener claro cuál era la reacción que debían tener, y Marianela era una de ellas".

Por eso decimos que este testimonio nos hacen comprensible el concepto de Emergencia Humanitaria

Compleja, no estamos ante la crisis de un solo sector. Las angustias de los familiares para encontrar insumos y medicamentos de que carecen los hospitales; el calvario que significa ir al hospital a causa de la crisis del transporte público y el mal estado de las carreteras; o la situación de inseguridad, que expone a los pacientes a ser atracados dentro o en los alrededores de los centros de salud. Y no podían faltar los abusos de poder de jefezuelos del militarismo gobernante que llegan exhibiendo sus símbolos de autoridad que intimidan a los médicos con amenazas de cárcel como mecanismo de chantaje para lograr una atención especial.

Tres puntos finales

Otro valor de estas historias es que, aunque el autor no es un escritor de oficio, hace un esfuerzo por narrar los acontecimientos no como un mero testimonio profesional, sino que hay en ellos el atávico espíritu de relatar literariamente, de contar con gracia y atractivo.

Segundo, estamos ante un testimonio privilegiado, porque lo hace un médico que experimenta con intensidad la vida de los hospitales; para decirlo con un lugar común, alguien que conoce el monstruo en sus entrañas y lo sabe contar.

Y por último, destacar que, además de lo trágico del sufrimiento, en los textos existen escenas de solidaridad y apoyo mutuo, entre médicos y pacientes, de los pacientes y sus familiares entre sí. Estas demostraciones hablan de la buena voluntad que, incluso en las peores condiciones, en medio de las grandes dificultades, siempre ocurren y se mantienen, y vienen a darnos esperanzas de que los valores absolutos de empatía, comprensión y ayuda recíproca se logran conservar aún en medio de sistemas que, como el que viven los venezolanos, tratan de negarlas, destruirlas para enfrentar a unos seres humanos contra otros, a través de gramáticas del odio de clases, o del apartheid político, instigados desde las cabinas de mando de los poderes autoritarios.

(Fragmento del texto de presentación del libro *Pronóstico reservado* de Pedro Javier Fernández Rodríguez, en la Fundación Juntos se Puede, en Bogotá, mayo de 2026).

Desde Colombia y otros países

¿CÓMO APOYAR A VENEZUELA?



La crisis humanitaria en Venezuela se ha agravado de manera acelerada en los últimos días. Desde el miércoles 24 de junio, tras los dos terremotos de gran magnitud que sacudieron la región centro-norte del país, la situación ha evolucionado hacia un escenario de extrema complejidad. Este panorama se ve agudizado por las precarias condiciones preexistentes en materia de servicios públicos, el colapso sostenido de los sistemas de salud, comunicaciones e infraestructura

vial, así como por la limitada capacidad institucional para responder a la emergencia.

En este contexto, numerosas iniciativas ciudadanas, junto con organizaciones públicas y privadas de Colombia, han puesto en marcha campañas de solidaridad orientadas a la recaudación de recursos y a la recolección de insumos esenciales para atender las necesidades más urgentes de la población afectada. Toda ayuda cuenta.

Alcaldía Mayor de Bogotá

Esta entidad pone a disposición sus plataformas digitales para canalizar y articular con otras organizaciones información sobre cómo apoyar con donación en dinero, a través de la Cruz Roja Colombiana, y en especie (colchones, cobijas, guantes, tapabocas, alimentos no perecederos), a través de las fundaciones: Juntos Se Puede, Corazones Sin Frontera y Caminantes de San José.

Sitio web: www.bogota.gov.co

IG: @alcaldiabogota

¡Bogotá, unida para ayudar a Venezuela!

Tu aporte hace la diferencia. Sumate a la iniciativa de la Cruz Roja Colombiana y la Alcaldía Mayor de Bogotá y contribuye con tu donación a través de los siguientes canales:

- **Cuenta corriente:** Banco Davivienda 0560455069996490
- **Sociedad Nacional de la Cruz Roja Colombiana**
- **NIT: 899999025-3**

¡Dona ahora!

Cruz Roja Colombiana

La Cruz Roja Colombiana activó la campaña de recaudo #ContigoVenezuela. Estos aportes serán recibidos únicamente en dinero, en coordinación con la Cruz Roja Venezolana.

De igual manera, ha activado la línea de Protección de Vínculos Familiares para apoyar a personas que se encuentren en Colombia y hayan perdido contacto con sus familiares y allegados. Pueden escribir a

rcf@cruzrojacolombiana.org, al WhatsApp +57 321.2139525 +57 324.5309495 o comunicarse por la Línea 132.

Los canales oficiales autorizados para la donación son:

Ingresando a la página **<https://ayuda.cruzrojacolombiana.org/>** y realizando aportes desde 50.000 pesos en adelante. Haciendo sus transferencias o consignaciones al Banco Davivienda, cuenta corriente **0560-4550-6999-6490**, a nombre de la Sociedad Nacional de la Cruz Roja Colombiana.



S.O.S VENEZUELA

El pasado miércoles 24 de junio dos terremotos de magnitud 7.2 y 7.8 en Venezuela han generado una emergencia que afecta a cientos de familias.

Desde la Fundación El Nogal, en alianza con la Cruz Roja, hacemos un llamado solidario para apoyar esta iniciativa humanitaria y llevar ayuda a quienes más lo necesitan.

¡Únete a esta campaña humanitaria! Ayudemos desde la distancia a las familias de Venezuela, brindándoles alimentos y elementos de primera necesidad.

BBVA CUENTA DE AHORROS 0013-0833-00-0200001303 Fundación El Nogal / NIT: 830.132.871-6

¡Únete a esta campaña humanitaria!

Fundación El Nogal

La Fundación El Nogal ha habilitado una cuenta bancaria para recibir donaciones económicas que serán canalizadas, en alianza con La Cruz Roja Colombiana, para atender las necesidades más urgentes de las personas damnificadas.

S.O.S. Venezuela Fundación El Nogal Banco BBVA Cuenta de ahorros 0013-0833-00-0200001303 NIT: 830132871-1



Fundación Juntos Se Puede

La Fundación Juntos Se Puede, con sede en Bogotá, ha puesto en marcha jornadas de acopio. En su sede están recibiendo alimentos no perecederos, pañales, frazadas, ropa en buen estado, elementos de aseo, pastillas potabilizadoras de agua, medicamentos, botiquines de primeros auxilios y otros artículos de primera necesidad.

El centro de acopio está ubicado en la calle 104 #54-31, barrio Pasadena, localidad de Suba.
Sitio web: www.juntossepuede.co
IG: @funjuntossepuede

Unidos por Venezuela

En Bogotá, las ONGs Cedruzuela y Unidos por Venezuela, iniciaron la recepción de aportes en dinero:

Fundación Refugiados Unidos
Bancolombia
Cuenta de ahorros
601-000053-98
NIT: 901475033-1
IG: [refugiadosunidosorg](https://www.instagram.com/refugiadosunidosorg)

Cáritas Venezuela

En alianza con el Dividendo Voluntario para la Comunidad, y en cuentas bancarias propias, Cáritas Venezuela está recibiendo donaciones a través de transferencias internacionales:

Asoc. C. Caritas de Venezuela
Pacific National Bank
No. de cuenta: 1437054
ABA: 066011350
Swift: PACIUS3M
Dirección: Av. Páez, El Paraíso,
Edificio Conferencia Episcopal Venezolana, PB.
Montalbán II, Caracas,
Venezuela



Dividendo Voluntario para la Comunidad, A.C.

Mercantil Banco, S.A.
No. de cuenta: 300016658
Swift: MPANPAPA
Dirección: Torre de las Américas, Punta Pacífica.
Ciudad de Panamá, Panamá

Sitio web: www.caritasvenezuela.org
IG: @caritasdevzla
IG: @dvc_ve



TODOS CON VENEZUELA
todosconvenezuela.com

Todos con Venezuela

Esta plataforma centraliza información de bases de datos de iniciativas particulares. Se pueden hacer donaciones en dinero a organizaciones confiables y verificadas, con años de experiencia y trabajo social en Venezuela. Además, ofrece ayuda psicológica, de bienestar emocional, orientación médica, apoyo con familiares desaparecidos o daños sufridos en viviendas.

Sitio web: todosconvenezuela.com